

# ¿Qué si todo sea verdad?

Horatius Bonar (1808-1889)

**J**uan Newton tuvo una madre piadosa, la cual él la perdió cuando tenía sólo siete años de edad. Ella le enseñó, cuando todavía era un infante, a orar, y sembró en su tierno corazón las semillas de su vida espiritual futura.

Cuando era niño llegó a pensar mucho de Dios y de las cosas eternas; pero sus impresiones se borraron, y él tomó un camino de pecado. Parecía que él se soltó de todas las ligas, y se deleitó sólo en lo que era malo.

Mientras estaba en este estado impenitente fue arrojado por un caballo, y estaba en gran peligro, pero su vida fue preservada. Entonces su conciencia se despertó una vez más, y él temblaba en el pensamiento de aparecer ante Dios, pecador y no preparado. Bajo este temor el abandonó sus pecados por un tiempo corto, y dejó su vida y vocabulario profanos; pero la reformación sólo era externa, y no duró por largo tiempo.

En otro tiempo, el temor de la ira de Dios se apoderó de él, y él comenzó a vivir, tal como el pensó, una vida muy religiosa. El pensó hacerse justo, y así ganar el favor de Dios. El pasó mucho tiempo en la lectura de las Escrituras; él oraba; ayunaba; él raramente confiaba en si mismo como para hablar, a no sea que él profiriera una palabra vana o pecaminosa. Ignorante de la justicia de Dios, él estaba inclinado para tener las suyas, por medio de las cuales él esperó a pacificar su conciencia, y librarse de su temor de la ira venidera.

Este estado mental duró un año o dos, y luego abandonó la religión del todo, y llegó a ser un pagano. Él ahora se apresuró a la maldad de toda clase; y todavía sólo llegó a ser más miserable. Él embarcó un buque de esclavos, y tomó parte en ese comercio horrible. Fue reducido a una pobreza total, muriéndose de hambre, y pecando, y blasfemando, su corazón duro y su conciencia cauterizada. Él era en hecho verdaderamente el hijo pródigo, desperdiciando sus bienes y viviendo

perdidamente, pero todavía no “volviendo en sí,” diciendo, “Me levantaré e iré a mi padre.” Una vez más estaba en peligro de su vida por mar y por tierra. Medio intoxicado, y bailando arriba en la plataforma una medianoche, su sombrero cayó al agua, y él se estaba lanzándose detrás de él cuando sus camaradas le acogieron y le arrastraron para atrás. Es así como él apresuró sus pies al pecado, tal como él mismo lo describe en uno de sus himnos:

*“En el mal tomé mucha delicia,  
Falto de pavor por falta de vergüenza y miedo.”*

Encontrando un libro religioso dentro del barco, él lo levantó, y hojeándolo, fue guiado a hacer la pregunta, “¿Qué si estas cosas sean ciertas?” El pensamiento le asustó, y él cerró el libro. Él se fue a su cama hamaca esa noche como siempre, habiendo tratado a sacar esta pregunta solemne de su mente. En la noche oscura fue despertado por el golpe de las olas. Una tormenta se levantó, el mar terrible se apoderó de la nave, y la cámara donde él dormía se estaba llenándose de agua. El clamor era, “¡El barco se está hundiéndose!” Todo era confusión y terror. Dos veces trató ir a la plataforma pero se topó en la escalera con el capitán, quien le pidió que trajese un cuchillo. Mientras regresaba por el cuchillo, un hombre que tomó su lugar desapareció, siendo llevado por las aguas.

Pensamientos de otros días comenzaron a regresarle; el recuerdo de aquellos a quienes él había amado le afectaron, y su corazón pareció ablandarse. Por cuatro semanas el buque era arrastrado de aquí para allá, él estando a veces encargado del timón y a veces de las bombas, ola tras ola desprendiéndose sobre él. Luego, en medio del peligro, día y noche su clamor para arriba era, “Oh Dios, sálvame, o pereceré”; y “El Dios de la Biblia que me perdone por amor de Su Hijo”; y, “El Dios de mi madre, el Dios de misericordia, que se compadezca de mí.”

Esa tormenta era para Juan Newton lo que el terremoto lo fue para el carcelero de Filipos; lo trajo a sus rodillas. Trajo sus pecados delante de él. Trajo delante de él su ruina eterna. Lo trajo a él a la cruz y a la sangre de Cristo. Del

himno que hemos ya citado las primeras dos líneas él continúa relatando su experiencia:

*“En el mal tomé mucha delicia,  
Falto de pavor por falta de vergüenza y miedo,  
Hasta que un objeto nuevo golpeó mi vista,  
Y paró mi carrera salvaje.”*

El “objeto nuevo” que tropezó con su ojo, mientras él estaba parado al timón o caminado por la plataforma, con las olas echándose sobre él, era el Cristo crucificado. La cruz, y el Hijo de Dios allí cargando nuestros pecados, se paró delante de él con el resplandor del amor Divino. Porque así él canta:

*“Ví a uno colgado sobre un madero  
En agonías y sangre,  
Quien fijó Su lánguido ojo en mí,  
Mientras estuve cerca de Su cruz.”*

Así como lo fue con Simón Pedro cuando el Señor voltió y lo vio, así fue con Juan Newton: En ambos casos la mirada de amor compungió al pecador:

*“Ciertamente nunca hasta mi último aliento  
Podré olvidar esa mirada;  
Pareció de culparme con Su muerte,  
Aunque ni una palabra Él habló.*

Esa mirada de amor, amor santo, atravesó y atravesó su conciencia, haciendo que él sienta su pecado en toda su vileza. Pecado, que hasta aquí él había tratado como una cosa meramente insignificante, o lo ha pasado por alto, ahora se presentaba en todos sus terrores. Él era condenado; era perdido; ¿qué tendrá que hacer?

*“Mi conciencia sintió y dio por suyo la culpa,  
Y me arrojó en desesperación;  
Vi mis pecados que derramaron Su sangre,  
Y ayudaron a clavar a Él allí.”*

Él está abrumado; él está en desesperación. Esa mirada de amor santo lo ha azotado a él completa y totalmente. Le dice a él: “Tú eres el hombre; tú lo hiciste todo; tú Me has clavado al madero; si no hubiera sido por tus pecados, yo no hubiera estado aquí.” Pero al mirar él, él ve algo más en esa mirada, y oye la voz del perdón viniendo de la cruz:

*“Una segunda mirada me dio, la cual dijo,  
Yo gratuitamente todo perdono:  
Esta sangre por tu rescate es pagada,  
Yo muero para que tú puedas vivir.”*

Esta segunda mirada habla de la paz. Él lee en ella el perdón, el perdón gratuito para el principal de los pecadores, el perdón al “viejo blasfemador Africano,” y su conciencia molesta es pacificada. “He encontrado un rescate,” es el mensaje que remueve su terror; y este rescate es a través de la sangre y la muerte del Hijo de Dios. Ese rescate satisface. Dios lo ve y es satisfecho; Él dice que es suficiente. El pecador lo mira y está satisfecho. Él dice que es suficiente. La carga de la culpa está desatada, y cae de sus hombros. Él es librado de la culpa, del terror, de la esclavitud. Él sabe la bendición del hombre cuya transgresión es perdonada y cuyo pecado está cubierto. Él ha creído, y él está salvo; sí, y él sabe que él es salvo, porque él da crédito al registro celestial acerca de Él a quien él está mirando:

*“Así, mientras Su muerte expone mi pecado  
En todo su color más negro,  
Tal es el misterio de la gracia,  
Sella mi perdón también.”*

El perdón a través de la sangre del Cordero, el perdón a través del creer en el testimonio del Espíritu Santo de la obra terminada de Emanuel, este es ahora su lugar de reposo; y su vida entera está cambiada. Ese perdón santo le ha hecho a él un hombre santo.

Y ahora regresemos al primer pensamiento que le sacudió, “¿QUÉ SI TODO ESTO SEA VERDAD?” Aquí está la pregunta para nosotros, no menos que para él.

Si la eternidad es una realidad, entonces es para mí para que me prepare, porque un terror sin fin o un gozo sin fin no pueden ser cosas insignificantes. Si tengo que vivir para siempre, entonces debo buscar así para vivir aquí como hacer esa vida eterna una que es feliz. De otro modo hubiera sido mejor que nunca hubiera nacido.

Si el pecado es un hecho, entonces no debo jugar con él; y si Dios lo odia totalmente, entonces yo debería odiarlo también, y debería librarme de él. Y yo debo librarme de él en la manera que Dios pide, porque ninguna otra manera de liberación valdrá. Lo que es tan realmente horrendo y poderoso como lo es el pecado, puede solamente ser quitado por algo tan real y tan poderoso como ello mismo.

Si la cruz de Cristo es real, entonces yo debo tratarla en conformidad. Fue diseñada para que sea la muerte del pecado y la vida de justicia. Fue intencionada para ser la fuente abierta para el pecado y para la impureza. Fue intencionada ser el lugar donde todo el pecado es cargado por otro por nosotros, para que así nosotros vivamos por la muerte de otro, y seamos perdonados por la condenación de otro. Mi aceptación de la gran obra hecha allí es mi liberación de la ira, y el pecado, y la muerte. No soy rogado para trabajar por el perdón: lo obtengo gratis, y sin merecerlo. No soy rogado para esperar por el perdón: lo recibo de una vez como un regalo terminado y provisto, concedido a cada uno que irá a Dios por él, y lo levanta en Su manera señalada.

Si todas estas cosas son verdaderas, entonces debo estar solícito. Todo conectado con Dios y Cristo, con el pecado y el perdón, con la vida y con la muerte, con la ira y con el favor, con el tiempo y la eternidad, son tan inefablemente importantes, que debo estar listo y prestar atención a estas cosas sin dilación. Si no soy solícito, soy un insensato; porque ¿qué me aprovechará si ganare todo el mundo y perdiera mi alma? Debo buscar la cosa correcta. Debo buscarla en su debido tiempo. Debo buscarla en la manera correcta, tengo que ir derecho a Dios para todo lo que quiero; y debo encontrarme con Él en la cruz.

Conocí a uno que toda la vida se pasó buscando, y aún nunca pareció encontrar. Él estaba tratando de ser feliz, pero no sabía cómo. Él era rico, y tenía todo lo que este mundo podría ofrecerle. Él fue de lugar a lugar en busca de placeres. Él vivió una vida larga, y la pasó en medio de lujo, comiendo, bebiendo y divirtiéndose. Él tenía grandes tierras; él tenía muchos amigos; y su casa estaba llena de retratos, estatuas, y todo lo que el arte pudiera proveerle. Pero su ojo cansado le decía que él no estaba feliz. La vida no parecía tener ningún gozo; y aún cada día, desde la mañana hasta la noche, él continuaba en búsqueda del gozo. “¿Quién me podría mostrarme algo bueno?” era su clamor. Pero lo bueno nunca le llegó. Pasó esta vida cansado y triste, aunque aparentemente poseyendo todo de sus placeres. Murió cerca de la edad de ochenta años, y él no pareció haber conocido un día feliz. Él vivió en vano, tanto para si mismo como para otros.

Amigo mío, ¿quisieras ser feliz? Debes ir a Dios por Su amor y gozo. Este mundo, con las riquezas y placeres al extremo, no te servirá. No puede darte paz. Pero el Dios que te hizo a ti puede darte paz, Su propia paz satisfactoria. Ve inmediatamente, y obtén de Él. Él da a todos abundantemente y sin reproche.

¿Estás tú seguro? Debes buscar tu seguridad en el Hijo de Dios, y debajo de la protección de Su cruz.

Solamente en Él tú estás seguro. Su cruz es un escudo y el lugar de refugio por el tiempo y la eternidad. El tiempo pronto se acabará; la última trompeta puede ser prontamente sonada, y tú debes estar ante el tribunal de Cristo, para dar cuenta de las obras hechas en el cuerpo. Busca inmediatamente la seguridad en Cristo Jesús, el Cordero de Dios, quien quita el pecado del mundo. Él puede salvar completamente a los que por medio de Él se acercan a Dios. Él espera dar la bienvenida al culpable. Él se deleita en bendecir al pecador. Ve a Él ahora, y trata con Él del todo, y ferviente, y honestamente, acerca de tu alma. No te enviará vacío. ✠ *(traducido por Pedro B. Durik)*

Publicado por Chapel Library • 2603 West Wright St. • Pensacola, Florida 32505 USA

*Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2002 Chapel Library.